



II DOMINGO DE CUARESMA*

“Este es mi Hijo, el amado. Escúchenlo”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Génesis 22,1-2. 9-13. 15-18; Romanos 8,31-34; Marcos 9,2-10

Las lecturas de este segundo domingo de cuaresma tienen entre ellas una articulación peculiar. No es el contenido del evangelio el que reclama -como de costumbre- la primera lectura (en esta ocasión el relato del “sacrificio de Isaac”). Más bien una afirmación de la segunda lectura, tomada de la carta a los Romanos: “el que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” es la que explica por contraste la elección del texto del Génesis. Con esa confesión de fe somos introducidos en el misterio mismo de la Pascua. La muerte de Jesús no sólo manifiesta la entrega de Jesús, sino que nos revela hasta dónde llega el amor del Padre por nosotros. Pablo lo había expresado ya con gran fuerza en la misma carta: “más la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (5,8).

El evangelio nos presenta el relato de la “transfiguración” de Jesús ante tres de sus discípulos. Para entender bien el significado de un texto conviene situarlo en el conjunto del evangelio y de manera más precisa en su contexto inmediato. Estamos en el centro del evangelio de Marcos, donde el mismo Jesús ha planteado a los discípulos la pregunta: “¿quién dice la gente...quién dicen ustedes que soy yo?” (8,27-28). Corrige severamente a Pedro, que ha dicho bien, pero ha entendido mal, que Jesús es el Cristo. Jesús con energía ha vinculado su identidad y camino mesiánico a la cruz, en la línea del “servidor sufriente” de Isaías. Y por la cruz se llega a la resurrección. Insistiendo además en que ése ha de ser el camino de quienes quieren seguirlo. Por tres veces habrá de reiterarlo ante la incomprensión y el escándalo de los discípulos. Entre dos de esos anuncios de la Pasión, Marcos ha colocado el relato de la “transfiguración” de Jesús, como para ayudar a descubrir el sentido global de su persona y misión, y advertirnos que la cruz no significa el fracaso, sino el camino a la glorificación que el Padre confirmará con su palabra definitiva, resucitándolo de entre los muertos. El relato concluye invitando a reconocerlo no sólo como Cristo, sino como “mi Hijo, el amado” a quien definitivamente hay que escuchar. El relato lo encontramos, y en el mismo

* Ciclo A

contexto, en los tres evangelios sinópticos; y, aludido, en la segunda carta de Pedro (1,18).

Si bien resulta difícil poder dar cuenta de la experiencia vivida en la ocasión, sí descubrimos en la narración los rasgos propios de una manifestación de la divinidad – “teofanía” – como en otros lugares en el Primer y Segundo Testamento: “monte” elevado, como el Sinaí; “luz” o resplandor, en este caso “vestidos resplandecientes”; “nube” que cubre y sugiere la presencia protectora de Dios, como sobre la “tienda del encuentro” en el desierto; “voz de lo alto”, como la que se hizo escuchar en el bautismo de Jesús; reacción de sobrecogimiento y temor por parte de los testigos. La escena habrá que entenderla como una anticipación de la resurrección, que revelaría por parte de Dios la gloria e identidad última de Jesús. Los discípulos venían preguntándose por la identidad de Jesús ante las manifestaciones de autoridad y poder en la predicación, en las curaciones y exorcismos, en la tempestad calmada. Tenían algunas respuestas esbozadas, las que compartían con la mayor parte de sus contemporáneos judíos, pero las palabras de Jesús sobre los sufrimientos que le esperan, el rechazo de las autoridades religiosas y su muerte, a los que alude con frecuencia, les han confundido. Y de manera aún más honda y personal, porque Jesús insiste en que esa será también la condición de los que le siguen. Quizá por eso elige como compañeros para este momento a tres discípulos, precisamente los más connotados por su incompreensión: Pedro, que no había entendido, incluso se había opuesto –“se puso a reprenderle”- al camino anunciado por Jesús: “el Hijo del hombre debía sufrir mucho...” (Mc. 8,32); Juan y Santiago, que al parecer tampoco estaban de acuerdo e incluso, poco más adelante, reclaman puestos de privilegio y poder (Mc. 10,35-37). No resultaba fácil para los discípulos de ayer y de hoy asumir que ése sea el camino histórico del “Hijo de Dios” y de los que crean en él. La “tentación” (recordamos el evangelio del domingo pasado) no era sólo para Jesús. También y más difícil de superar, para los discípulos y para la iglesia de hoy.

En la escena se hacen presentes Elías y Moisés, los dos grandes profetas de Israel, que “conversaban con Jesús”. Lucas precisa que “hablaban de su muerte”. Por el tono parece que avalando y confirmando que lo que anunciaba Jesús era el camino acertado, precisamente lo que a los discípulos costaba tanto entender. Pedro se entusiasma con la contemplación gloriosa de Jesús, se olvida de la cruz -la de Jesús y la de los discípulos- y suelta aquella gran tontería –“Rabí, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas...”- que nadie tomará en cuenta. Como conclusión, una “nube los cubrió con su sombra y vino una voz desde la nube”. La “teofanía” es revelación y mensaje definitivo sobre la identidad de Jesús: “Este es mi Hijo, el amado, escúchenlo”. Se ratifica la revelación del bautismo, y se añade un mensaje imperioso: “escúchenlo”. Eso era precisamente lo que les costaba a los discípulos. No basta confesar la “divinidad” de Jesús, se requiere reconocerla “encarnada”, en la verdad de su camino histórico, plenamente humano, vivido en fidelidad y entrega, en la humildad y el abajamiento, en la incompreensión y el rechazo hasta la cruz. Así lo propone Marcos: sólo siguiendo hasta el final podemos confesar, como el centurión romano: “al ver que había expirado de

esta manera, dijo: verdaderamente este hombre era hijo de Dios" (15,39). "Escuchar", aceptar, asumir para poner en práctica es sinónimo de "seguir".

Este segundo domingo de cuaresma, con el relato de la trasfiguración nos da un aliento para el seguimiento de Jesús, con la cruz de la entrega y del servicio al hombro. La resurrección, la plenitud del sentido, ya está presente en el camino, pero hay que recorrerlo hasta el final, como Jesús y con Jesús.

El dramático relato del "sacrificio de Isaac" (primera lectura) había tenido importancia en la Tradición como "figura" superada en el sacrificio de Jesús. ¿Cómo puede Dios poner a prueba la fidelidad de Abrahán exigiéndole el sacrificio de su "hijo querido, al que amas" que, a su vez, era la garantía del cumplimiento de la promesa de darle una gran descendencia? El relato desempeña una doble función: pone de manifiesto la obediencia y la confianza de Abrahán, "Dios proveerá el cordero, hijo mío", y a la vez significa el rechazo de los sacrificios humanos, de niños, que existía en los pueblos vecinos y también en Israel. Pero, en la secuencia de las lecturas de este domingo en camino hacia la Pascua, resalta el amor incondicional del Padre que nos entrega a su hijo, aunque lo llevemos hasta la cruz. Y, entonces, "si Dios está con nosotros" hasta ese extremo, ¿cómo no confiar en su amor, aun en los trances más difíciles y oscuros, como los que muchas personas y nuestra sociedad están pasando.

Podemos reflexionar: ¿qué descubrimos de Jesús en este relato de su "transfiguración" y cómo tenerlo en cuenta para el "seguimiento" a lo largo de esta cuaresma? El tiempo de cuaresma no apunta a quedarse en el Viernes Santo, sino al Domingo de Resurrección. Los discípulos no entendieron "qué era eso de resucitar de entre los muertos" ni lo que implicaba para ellos. Con la ayuda de la reflexión de Pablo en la Carta a los Romanos sabemos que Jesús no quedó en el mundo de los muertos, sino que participa plenamente en la vida de Dios y que nosotros en el bautismo hemos quedado insertos en el misterio de la muerte y resurrección de Jesús para que desde ahora "vivamos una vida nueva" (Rom.6,4). Cuaresma es tiempo de conversión: de todo lo que significa "muerte" (de vida y de amor) en nosotros y para los demás a una manera de suscitar vida (justicia, fraternidad) en nosotros, En el pasado la cuaresma se manifestaba en el ayuno y la abstinencia de ciertos manjares. Hoy –me parece- debiera manifestarse en la solidaridad y en la acción para que todos puedan comer, lo que implica capacidad de compartir con los que no tienen y repensar –y construir- un modelo de economía y de sociedad cuya prioridad radique en la calidad de vida humana para todos sin excluidos ni sobrantes.